

COMO NO MORIR EN EL MIEDO



Por Carlos Enrique FREYRE ZAMUDIO
Teniente Coronel EP
carlosenriquefreyre@gmail.com

RESUMEN: Numerosas anécdotas, historias y circunstancias complicadas acompañan la memoria de todos los soldados que luchamos contra la organización terrorista que declaró la guerra al estado peruano; muchas quedarán en el olvido, pero muchas también merecen ser escritas y puestas en conocimiento público para que como bien manifiesta el autor constituye un deber tener presente que “la política se dirime en el campo de las ideas con lápiz, papel, acción, doctrina y buenas prácticas” y no alentando la muerte y la violencia sin control El TC Carlos Enrique Freyre, nos ofrece en esta edición de la Revista Xauxa un auspicioso adelanto de lo que será su próxima novela publicada por la editorial Española Alfaguara, donde relata las circunstancias en que un Sub Oficial del Ejército (Aurelio García) le pide que cuente su historia como “asistente” del conocido dirigente senderista “camarada Feliciano”; su lectura nos transportará a una serie de hechos para tener presente la necesidad de cerrar definitivamente una etapa de la historia del Perú que no debe repetirse.

A veces uno nunca sabe cuándo va a encontrarse una historia que puede terminar en un relato, y son esas casualidades las que permiten arribar en historias enormes, que de otra manera podrían quedar ocultas detrás del velo del olvido o el desconocimiento, y que es, valgan verdades, algo de lo más común en el devenir del día a día actual; globalizado, con excesiva data pero con una fuerte tendencia a lo amarillo o a la banalidad de lo ínfimo, o a la exposición de las miserias de la intimidad. Rebalsado de Fake News.

Pienso que las cosas importantes, pesan tanto que terminan en el fondo del mar de la desmemoria, como si el peso de su argumentación fuera su condena, o la piedra de molino atada a su cuerpo.

Lo decía el señor Enrique Zileri, en los mejores años de la revista Caretas: “lo que no se escribe no existe” y un día, Raúl García —Aquiles para todos— encontró un libro que había publicado tiempo atrás; lo leyó y creyó que su historia personal era mucho más narrable que la que encontró en esas páginas. (Me viene a la memoria Henri Charrière, Papillon, que se animó a escribir sus espectaculares memorias gracias a la lectura de la biografía de una niña).

Entonces dio conmigo. Me anduvo rastreando por redes sociales hasta que un día se animó a hablarme: «tengo una historia», me dijo. Ese día, casualmente, me hallaba en Madrid de vacaciones y esperaba por una función de teatro, cuando recibí ese, como otros mensajes de rutina que puede recibir un oficial del Ejército. Cosas como que había una orden de formación para la siguiente semana, que debía de responder un documento de la sección logística de mi batallón y que un subteniente no se había presentado a su guardia

en el cuartel de Zamácola. Después estaba el mensaje de García, un suboficial del Ejército que decía que tenía una historia que contar, que sería como para un libro. Un día, escuché a Mario Vargas Llosa relatar algo que solía sucederle. Que, en varios eventos, hallaba personas diciéndole que tal o cual historia era buena, que valía la pena escribirla. Según su apreciación, desestimaba el 99%, por su intrascendencia. Hasta que una tarde, en República Dominicana, alguien comenzó a relatarle, como quien no quiere la cosa, los duros momentos que vivieron algunas familias dominicanas durante la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo, sin darse cuenta de que se estaba gestando *La fiesta del chivo*; esa magnífica novela del nobel peruano.

¿Qué podría contener la historia del suboficial García para que sea tan interesante/importante/atrayente y pueda ser publicada? A la hora que comenzaba el primer acto de la obra de García Lorca a la que asistí, apagué el teléfono. Cuando volví a encenderlo, estaba la respuesta:

—Yo fui asistente del camarada Feliciano, y del camarada José. Ahora mi vida ha cambiado. Estoy orgulloso de ser quien soy. Un suboficial del Ejército.

Para ese momento sabía de sobra que este no era un hombre cualquiera. Y mucho menos su vivencia personal.



Desde que inició sus acciones armadas la organización terrorista Sendero Luminoso en 1980, continúa secuestrando niños para ser utilizados como soldados en la selva central del país.

Fotografía tomada del portal Perú Reports en: <https://perureports.com/shining-path/>

«No puede ser que vaya a morirme justo hoy día», pensó Aquiles García.

“Miró al otorongo de ojos luminosos mientras buscaba algo con que defenderse. Un palo, quizá una piedra. El animal lo estudiaba, con el olfato inquieto. No era un alimento habitual aquel que se le ofrecía. Pero tenía hambre. La cola se agitaba con ansiedad. La lengua sobre los colmillos. Aquiles lo sabía: faltaba poco para que diera el siguiente salto”.

Con este párrafo, con que comienza la novela que saldrá, de acuerdo con mis editores en Alfaguara, la primera semana de marzo en el Perú, inicio el relato de este joven que se convirtió en un remedo de actor para no morir en el país del miedo. Soportó un secuestro que duró 12 años —lo raptaron junto a su comunidad a los 9, en una pequeña comunidad de Satipo— y decidió fingir apego al grupo siniestro que le torció la vida solo para “no pasar por la cuerda y el cuchillo”, tal como había sucedido con gran parte de su familia durante su cautiverio. Las escenas del dolor familiar, de la soledad, de la esperanza a pesar de tener la vida siempre cuesta arriba, son ejemplares y, tengo que confesar, se me hicieron difíciles escribirlas.

Aunque al principio, mi propósito solamente fue el de contar el secuestro de Aquiles y su familia, conforme iba avanzando en el desarrollo de la estructura, me di cuenta que tenía otra misión más poderosa: desnudar la salvaje acción de Sendero Luminoso, no solo en privar de su libertad a miles de ciudadanos nativos de la Amazonía de nuestro país para someterlos a la más miserable condición de esclavitud, sino también dejar en claro el verdadero color de su autoritarismo brutal, que, sin embargo, todavía tiene eco en un sector desinformado de nuestra sociedad, que sigue creyendo que esto fue “una lucha política”, cuando fue, visto desde cualquier ángulo, un genocidio, disfrazado en un discurso mortal, el cual, según decía, mejoraría la condiciones de vida de todos los peruanos.

Nada más abyecto, que un discurso para justificar un crimen.

Leer esta novela, no solo significará enterarnos del valor y sacrificio y resistencia del ahora suboficial Aquiles García, sino también dejar en claro que no necesitamos una organización como Sendero Luminoso, sus variables ni sus imitadores. La política se dirime en el campo de las ideas con lápiz, papel, acción, doctrina y buenas prácticas. No con el cuchillo sanguinario de quien cree que es a través de la violencia, como se construye mejores condiciones de vida. Eso es solamente un vil abuso. Aquiles García pasará a la historia, como el símbolo de la resistencia al miedo, al sobreviviente de jornadas que no se deben de repetir jamás.

.